

Los nombres del fuego

Fernando J López

(Salida: 24 de febrero de 2016)

**Una novela. Dos tiempos. Dos desafíos...
E infinitos mundos en su universo virtual.**

El autor

Fernando J López nació en Barcelona en 1977, aunque muy pronto se trasladó a Madrid. Publicó su primera novela con diecinueve años (*In(b)armónicos*, Premio Joven y Brillante) y ese mismo año fundó su propia compañía teatral, Armando no me llama, con la que estrenaría sus primeros textos.

Doctorado en Filología, actualmente compagina la docencia con su faceta de novelista y dramaturgo. Fue finalista al Premio Nadal 2010 con *La edad de la ira*, un *thriller* que plantea —entre otros temas— el problema de la homofobia en las aulas del siglo XXI y que, recientemente, ha sido traducido al francés. En su narrativa destacan títulos como *Las vidas que inventamos* o *La inmortalidad del cangrejo* y novelas juveniles de gran aceptación entre los lectores adolescentes como *El reino de las Tres Lunas*.

Como dramaturgo, Fernando J López ha estrenado y publicado numerosas obras tanto en España como en otros países. Entre sus títulos teatrales destacan piezas como *Cuando fuimos dos*, *Darwin dice*, *Tour de force* o *De mutuo desacuerdo*. Esta última ya ha sido estrenada con éxito en España, Venezuela y Panamá, y prepara su próximo desembarco en nuevos destinos. Además, es autor de versiones como *Pánico* (de Mika Myllyaho) o *Yerma* (de Federico García Lorca), estrenada con una gran acogida de la crítica en el Gala Theatre de Washington.

Del autor se ha dicho

«Como profesor y escritor, autor de *La edad de la ira*, un *best seller* juvenil y una novela de iniciación que narra desde dentro la vida en una escuela de un grupo de adolescentes, trata de ponerse en la piel de los chicos y ofrecerles textos que les puedan interesar para convencerles de que la literatura es fascinante. Su retrato de los jóvenes con los que trabaja a diario rebosa optimismo». EL PAÍS

«Fernando J. López, el gran retratista de la adolescencia». EL ASOMBRARIO

«La literatura de Fernando J López conecta con el lector por su cercanía, por su habilidad para profundizar en los sentimientos y por su capacidad para conmovernos a través de historias cotidianas con las que cualquiera podríamos identificarnos». Inma Chacón

«Fernando J. López es autor de *La edad de la ira*, una lectura casi obligatoria para cualquier adolescente por su visión cruda y realista de los institutos y por servir como denuncia de la xenofobia y la homofobia en las aulas». EL TEMPLO DE LAS MIL PUERTAS

«Fernando J. López nos propone en su literatura una inmersión despojada de tópicos en el mundo de la adolescencia». ELDIARIO.ES

«Sigo a Fernando J. López desde su primera novela. Con *La edad de la ira* ha granado ya en gran novelista. Se merece que el éxito le acompañe». Luis María Anson, EL CULTURAL

«Es uno de los escritores que más promete». Ignacio Amestoy, EL MUNDO

«Fernando J. López, novelista y dramaturgo, nos tiene acostumbrados a temáticas donde los conflictos emocionales son los protagonistas, apoyados en intensos diálogos». AGOLPEDEEFECTO.COM

Temática

Los nombres del fuego es una novela formada, en realidad, por dos novelas que acaban confluyendo en una única historia. Combina así dos niveles de ficción. La **ficción realista y contemporánea**, donde se retrata con precisión y sin paños calientes el mundo de un adolescente del siglo XXI, de la mano de Abril y su grupo de amigos. Y la **ficción histórica y fantástica**, que rompe con ese realismo e introduce un nivel mítico que atraparà a los lectores sedientos de aventura.

Es en ese mundo actual donde se aborda de forma más explícita la mayor parte de los **temas y conflictos comprometidos y de plena actualidad**, expresados de una manera crítica y realista. Todos ellos llenan a menudo los titulares de los medios de comunicación y, sin embargo, resulta difícil encontrar novelas juveniles que se adentren en ellos con la honestidad y claridad con las que se hace en este libro. Entre estos temas figuran:

El sexismo y la lucha por la igualdad: lo vemos tanto en la trama contemporánea como en la trama ambientada en el mundo azteca. En ambas, el eje central es la lucha de una chica de dieciséis años por hallar su voz, echar por tierra el concepto de *imposible* y romper prejuicios y estereotipos.

El bullying y la homofobia: a través de la historia de Nico se ahonda en el gravísimo problema del acoso escolar y en la lucha que aún queda por delante para conseguir la igualdad real y el fin de las actitudes homófobas dentro y fuera de las aulas. Para muchos adolescentes, una guerra cotidiana, a veces marcadamente agresiva, y otras, muy sutil, hecha a base de pequeños momentos, palabras, miradas, gestos, que llegan tanto de adultos como de otros compañeros.

La violencia de género: la historia de Marina se adentra en otro de los asuntos más preocupantes entre la población adolescente: el incremento del maltrato (verbal y físico) entre los más jóvenes. Fernando J López da una vuelta de tuerca al cliché del amor que acaba por transformarnos, y reflexiona sobre la violencia y la necesidad de respetarnos a nosotros mismos en cualquier relación.

El suicidio: otro de los temas recurrentes en la adolescencia y del que apenas se habla en la literatura juvenil. En esta novela se escribe sobre el dolor de la pérdida a través de la historia de Iván, que debe aprender a reconstruir su vida tras la muerte de su hermano.

La identidad y la familia: que igualmente recorre toda la novela, como recorre toda la adolescencia. No solo en la necesidad de descubrir la propia voz y coger las riendas de su destino, sino también, por ejemplo, en el personaje de Abril, que ve cómo se tambalean los cimientos de su identidad cuando sus padres se separan y ella descubre que es adoptada. O en el personaje de Iván, que ve cómo la ausencia de su hermano permea todo su presente en casa. O en el de Xalaquia, que ha de distinguir entre «entrega» a su familia, a un padre al que quiere y respeta, y «sumisión».

La defensa de la naturaleza: la vivencia y experiencia del mundo natural por los personajes aztecas de la novela supone una reflexión acerca del respeto al medio ambiente y ofrece un mensaje ecológico implícito, sin moralismos ni obviedades.

La convivencia intercultural: en el período histórico de la conquista de México, con personajes como Hernán Cortés o el rey azteca Moctezuma. Una trama muy documentada, no maniqueísta y que plantea una interesante revisión histórica, con el afán de reivindicar el sustrato cultural azteca —de sus costumbres sociales al panteón de sus divinidades— y la necesidad de comunicación entre las diferentes culturas.

La experiencia de las emociones: es una novela llena de acción, sentimientos y pasión. Su mirada crítica hacia la realidad no se expresa desde una narrativa introspectiva y estática, sino al revés, a partir de una obra llena de movimiento, giros sorprendentes y donde la trama atrapa al lector desde la primera página.

Con estos temas recorriendo transversalmente la novela, el lector podrá realizar tres viajes muy diferentes entre sí:

Un viaje al México anterior a la conquista y a su rico mundo cultural y mítico.

Un viaje al Madrid del siglo XXI desde la conciencia de personajes que buscan su propia voz en el complejo proceso de la adolescencia.

Un viaje al París del siglo XXI, donde los dos planos de la novela se cruzan de manera sorprendente, en un final inesperado.

Sinopsis

Abril y Xalaquia tienen mucho en común. Las dos acaban de cumplir dieciséis años. Las dos quieren ser dueñas de su futuro. Y las dos están a punto de ver cómo su vida cambia para siempre. Solo las separa el tiempo y el espacio: del Tenochtitlan del siglo XVI al Madrid del siglo XXI.

Xalaquia ansía escapar del destino que le viene impuesto: ella quiere volcarse en la magia que acompaña al lenguaje oculto y que ha aprendido a escondidas, escuchando a chamanes como su padre, miembro de la nobleza hereditaria azteca... Solo que todos le dicen que es imposible: una mujer no puede recorrer esa senda. Tendrá que hacerlo a escondidas, cuando ve que su pueblo sufre una amenaza mayor que la de sus eternos enemigos tlaxcaltecas. E incluso buscará la ayuda de uno de ellos, un guerrero que logró sobrevivir con su ayuda al sacrificio ritual y que ahora es un paria entre su propia gente, que ha interpretado esa proeza como un signo de traición a los suyos. Cuando Jaguar y Xalaquia descubren que el rey Moctezuma también ha caído bajo el engaño de esos nuevos conquistadores que se acercan a ellos con apariencia de dioses e intenciones de demonio, tendrán que apostar el todo por el todo, y fiar su suerte a los *malinalli*, los portales mágicos, y con ellos a alguien que está muy lejos de su guerra por la supervivencia. No solo a muchos kilómetros, sino también a cientos de años.

Cinco siglos más tarde, Abril trata de buscar su sitio en el mundo. Sus padres se han separado hace poco, y ella está a punto de descubrir que sus orígenes no son los que había dado por ciertos desde niña. Tampoco sus amigos pasan por su mejor momento: Marina, la eterna optimista, se ha embarcado en una relación que la está alejando de ella misma; y Nico continúa esperando que Hugo dé el paso y admita sus sentimientos hacia él, mientras se niega a tolerar la «normalidad» de una guerra no siempre encubierta. Y luego está Iván, el chico nuevo, que trata de superar el suicidio de su hermano mayor, más presente incluso ahora que antes de su ausencia.

Todo se complica cuando Abril empieza a recibir extraños mensajes llegados de ninguna parte: misteriosos anónimos en su WhatsApp con estas tres palabras: raíz, fuego y arena. Heridas que no recuerda haberse hecho. Sueños que se repiten con un realismo increíble y que la asaltan a veces hasta con los ojos abiertos. ¿Qué está pasando? La respuesta a esta pregunta sacudirá los cimientos de su identidad: quién es ella; quiénes, sus padres; y cómo engarza su historia con la de alguien nacido hace siglos a miles de kilómetros de su presente inmediato. Alguien que, como Abril, no estaba dispuesta a dejar su destino en manos ajenas.

En dos mundos separados por la distancia y el tiempo, dos adolescentes dispuestas a encontrar su propio camino en el mundo se verán obligadas a emprender, en compañía de sus amigos, un arriesgado viaje. Dos recorridos a través de la magia y el misterio que comparten un mismo y último interrogante, el de la identidad.

Y es que quizá la respuesta tenga que ver con la verdad oculta tras sus nombres. O con la necesidad que sienten Abril y Xalaquia de incendiar el cielo con sus ganas de ser. De serlo todo... Y de serlo ahora.

Una novela transmedia

La novela continúa más allá de sus páginas a través de su **universo transmedia**. Esta prolongación no es ornamental, sino que aporta **contenidos autónomos, críticos y literarios**, como los materiales de la propia novela. Se trata, en realidad, de la primera experiencia transmedia en la que la extensión digital busca un nivel de exigencia literario idéntico al del texto en papel, dando lugar así a un universo coherente y en continuo crecimiento, donde la intervención de los lectores se convierte en un hecho esencial.

Entre estos contenidos transmedia figuran:

Blog sobre problemas que afectan a los adolescentes (*bullying*, anorexia, homofobia, misoginia, xenofobia...) y cuyo autor es uno de los protagonistas quinceañeros de la novela.

Diario fotográfico de la protagonista.

Colección de **relatos mitológicos** inspirados en el mundo azteca de la novela.

Cuaderno de dibujo de otra de las protagonistas.

Playlist con todas las canciones que «suenan» en la novela.

Este universo transmedia es un **universo interactivo**: la novela permite la interacción y favorecerá la creación por parte de sus lectores, a quienes se pedirá que enriquezcan los contenidos *online* con sus propios textos, dibujos, creaciones... Para ello, ya se halla activa en redes sociales: Twitter, Instagram y Facebook, donde los lectores pueden tener **comunicación directa y real con la novela y el autor**.

Las posibilidades transmedia abren un **deslumbrante universo gráfico** diseñado desde un planteamiento artístico en el que se combinan elementos naturales y tipográficos, dando lugar a un espacio que resulta tan evocador como la historia que ilustra mediante imágenes y vídeos.

Argumentos comerciales

Fernando J López ha recibido el apoyo de la crítica como «gran retratista de la adolescencia».

Aborda con honestidad y sin rodeos **temas y conflictos comprometidos y de plena actualidad**: desde el sexismo hasta el *bullying* y la homofobia pasando por la violencia de género o el suicidio.

Los afronta en un **tono adulto y crítico**, que se engloba dentro del género **young adult**. Aun cuando cautivará a los lectores adolescentes, también interesará a lectores de cualquier otra edad por su **estilo literario y elaborado**, que se aleja de moralismos o simplificaciones.

La novela dibuja un mundo complejo y cambiante, tan lleno de vida como el **universo transmedia** que acompaña al libro y continúa más allá de sus páginas con contenidos autónomos, críticos y literarios, como los materiales de la propia novela. Una **experiencia innovadora y totalmente interactiva**, donde los lectores pueden tener comunicación directa y real con la novela y el autor.

Aúna **múltiples posibilidades como lectura en el aula**, ya que permite trabajar contenidos muy diferentes:

Literarios: por su estructura, su estilo (en el que se combina la narración directa y en primera persona de una adolescente con el relato más lírico y en tercera persona del mundo azteca).

Históricos: por su recreación de la realidad azteca y de la confrontación de mundos y culturas a principios del siglo XVI.

Sociales: por su retrato realista y descarnado de la realidad contemporánea.

Emocionales: por su profundización en las relaciones entre los personajes de la novela, donde los nexos sentimentales entre ellos resultan esenciales para el desarrollo de la trama.

Personajes

Tenochtitlan, siglo XVI

Xalaquia: «La que viste de arena» es hija de uno de los chamanes más respetados de la nobleza Pipiltin, la nobleza hereditaria azteca, y lleva sobre los hombros la responsabilidad de hacerse digna de su madre, muerta en el parto. Quiere ser una buena hija, ceñirse a las ambiciones de su padre, que en breve buscará un esposo para ella... Sin embargo, ni sus sueños ni su carácter se corresponden con los del alma sumisa que desearían que fuera.

Ella desea libertad, ese espacio abierto y cuajado de aventuras que parece corresponderle a su hermano Izel por derecho, y que a ella se le niega. Lo busca espionando a los chamanes, lo pide a los dioses aztecas, e incluso se atreve a aventurarse en las artes del *nabualatolli*, el lenguaje oculto, que se abre para ella. Las tornas cambiarán cuando su camino se cruce con el de Jaguar. En su encuentro, ligado a las arenas del tiempo, Xalaquia hallará el modo de ser fiel a sí misma. «Nadie, salvo ella, sabía que su destino ya estaba fijado y no tenía, en absoluto, nombre de varón. Tenía su propio nombre. Xalaquia».

Izel: el hermano de Xalaquia lleva la promesa de excepcionalidad y libertad en el nombre. «Único», y sabe dónde va a serlo. Para Izel, la guerra es su sitio. Desde que muy niño lo apartaron de la familia para ser educado como un guerrero, su vida se ha formado en las armas. Ahora que su pueblo corre peligro, necesitan más que nunca un líder fuerte y él ya es uno de los guerreros más renombrados entre los jóvenes de su pueblo, un modelo de agilidad, rapidez y fortaleza. No sabe que el triunfo en esa guerra va a tener un escenario muy distinto al del campo de batalla, y que para conseguirlo tendrá que aprender a confiar en las artes prohibidas a su hermana.

Zeltzin: a la mejor amiga de Xalaquia sí le gustaba su nombre. «La Delicada». «La Primera Hija». Se siente cómoda en ese ropaje, porque hay algo en esa cualidad que hace que se sienta importante. Y, más aún, protegida. A Xalaquia le cuesta entender que su amiga pueda encontrar algo hermoso en lo que a ella le parece un signo de debilidad. Cuando Xalaquia le pida ayuda, Zeltzin tendrá que elegir entre seguir la senda marcada, o dar un nuevo brillo a su nombre.

Ocelotl: Jaguar recibió su nombre tras la primera caída, tras la primera vez que huyó de la muerte. Antes era Nahui, un rebelde guerrero tlaxcalteca, enemigo de cuna de las tropas de Tenochtitlan. Es joven, pero tiene claro que algo ha cambiado desde entonces, que ahora es más fuerte. No es un traidor, sabe que algún dios debió de salvarle, pero su propia familia le da la espalda. ¿Y ahora? «Arrinconado, Ocelotl se dio cuenta de que —bajo el yugo de los prejuicios— debería forjarse un nuevo destino. Y su futuro estaba ligado al de su pueblo». Jaguar es el primero en advertir que la amenaza real que lo sobrevuela no tiene nada que ver con las reyertas que se pierden en la noche de los tiempos entre su pueblo y el pueblo azteca, sino con algo mucho más oscuro. Mucho más lejano. Y mucho más letal. Algo que llega disfrazado de dioses y con un tal Cortés al frente, algo que trae el infierno consigo. Y la salvación parece estar en la alianza con una bruja de su edad.

Abril: a sus dieciséis años, hay quien dice que Abril es una chica «rara» con un nombre «raro». Y en parte, ella sabe que es cierto. No es que se esfuerce por huir de lo marcado, pero no le sale sin más esa supuesta normalidad con la que los demás parecen sentirse tan cómodos. Tampoco sus aficiones son las de la mayoría: a Nico, Marina y ella les va la literatura —Sagan, Camus, Duras—, y no es una pose de cultureta, sino que les apasiona dar saltos en el tiempo con cada uno de esos libros. También escribe. Un blog. No siempre da con las palabras, pero ayudar ayuda.

Las cosas no le van precisamente de lujo: sus padres se han separado hace poco y su madre la asfixia con normas, la sobreprotege para no pensar en su propia vida. Todo por el adiós de su padre, que todavía guarda detrás algunos misterios. Como si no bastasen con los que la persiguen a ella: el de Iván, por ejemplo, el chico nuevo. O los misteriosos anónimos. O los sueños que se repiten con un realismo increíble y que la asaltan a veces hasta con los ojos abiertos. ¿Qué está pasando?

Marina: la amiga de Abril es la definición de optimismo, una chica capaz de convertir cualquier experiencia negativa en algo positivo: «Le basta con un segundo para reorganizar una situación y transformarla, a su antojo, en un recuerdo favorable». Aunque vive con el complejo de no gustarle a los chicos; al menos hasta que se enrolla con Raúl y empiezan a quedar a todas horas. Esa relación la irá separando de sus amigos y, sobre todo, de ella misma.

Nico: la tercera pata de la silla de una amistad bien asentada..., aunque a veces se tambalea. Nico también tiene sus frentes abiertos. Por un lado, su relación con Hugo atraviesa un punto muerto: le pierden los tíos guapos y está seguro de que Hugo —el deportista estrella del instituto— siente lo mismo que él, pero que no se atreve a dar el paso y eso descoloca, quieras o no quieras, porque ¿qué hace?, ¿lo presiona?, no parece muy sensato. Lleva así desde el curso pasado, empeñado en conseguir algo que no acaba de ocurrir. Por otro lado, lleva años viviendo una batalla hecha a base de pequeños gestos, de insultos disfrazados de «normalidad» y que lo van minando.

Iván: ha llegado nuevo este curso, y a Abril le descoloca. De entrada, parece tan arrogante como gilipollas, pero hay algo... Una tristeza que le alcanza los ojos. No sabe por qué. El nuevo apenas abre la boca, y Abril tendrá que ganarse su confianza —una relación en la que se apoyarán entre sí en busca de otro destino, de una «ligereza» que ambos creen haber perdido— para descubrir que su secreto guarda relación con una muerte que aún escuece.

Dos épocas. Cuatro amigos en cada una de ellas. Y un destino que los une a través de los portales del tiempo, un destino que solo pueden escribir ellos.

Extractos

No tengo mucho de eso. Expectativas, quiero decir. En parte porque no sé si es muy práctico acumular deseos que quizá nunca vayan a cumplirse, y en parte porque a veces creo que lo que de verdad me da miedo es que se cumplan.

Cuando sus padres consultaron el *Tonalpobualli* supieron que su nombre sería Xalaquia. El Libro de los Destinos jamás había errado con las palabras que atribuía a los miembros de su comunidad, aunque en este caso Ohtonqui no entendiera bien qué relación podía haber entre el futuro de su hija y la arena que señalaba el calendario sagrado.

Ella, entre tanto, había buscado el modo de escapar de su destino. Se veía a sí misma enterrada bajo la arena de un sexo que parecía negarle la oportunidad de construir su identidad. Su padre no tardaría mucho en elegir con quién habría de compartir su vida, y sus días repetirían, sin otro aliciente que el de seguir respirando, los amaneceres que vivió hasta el final su propia madre.

No me apetece aguantar cincuenta y cinco minutos de tortura verbal por parte de otro de esos profesores que nos vomitan lo mismo que puedo leer yo sola en el libro. Ni quiero ver los *whatsapps* de disculpas que sé que me van a estar mandando Nico y Marina durante toda la clase. Porque no van a ser reales, serán un simple protocolo, una de esas cosas que se hacen para quedar bien, pero no porque creamos de verdad en ellas. Y yo estoy harta de tanta hipocresía y de tanta educación fingida. Yo lo que quiero es que escuchen de verdad. Que no me juzguen —también ellos, mierda—, que no me hagan sentir idiota porque la realidad supere, como hace siempre, los límites de lo que a todos nos parece aceptable.

Estoy convencida de que todo es producto de mi imaginación, o de mi cansancio, o hasta del maldito Raúl, porque para no preguntarme si debería buscarle después de la fiesta en la que nos enrollamos, me invento escenas ridículas que no me pueden estar pasando a mí. Sí, es eso, tiene que ser eso. Una forma de concentrarme en misterios que yo misma me invento con tal de no echar una mirada de verdad a lo que me está pasando.

Como si esas luces de las que habla la canción me guiaran hacia él y, al mismo tiempo, a un lugar lejano y desconocido donde todo tiene que ser mucho más sencillo que aquí. El temor de lo que podría suceder si me dejo llevar por esta sensación se enfrenta al deseo de que acabe ocurriendo.

No se le preguntaría su opinión. No se tendrían en cuenta sus sentimientos. ¿Para qué? Solo era una mujer... Una mujer en un mundo de hombres. Una adolescente en un mundo de adultos.

A veces me gustaría que los dos entendieran que el silencio no es malo. Ni bueno. Ni todo lo contrario... El silencio es solo silencio. Nada más. Y lo necesito en días como hoy. Porque no acabo de sentirme bien. Ni mal. Porque en tardes así prefiero dejar que suene una y otra vez la misma canción, como si no existiera otra posibilidad que quedarse encerrada en sus versos. En su melodía.

He intentado escribir algo en mi blog. Pero no me sale nada que merezca la pena. Hay días en que las palabras se tropiezan, así, sin más. Días en que no fluyen los verbos. Quizá porque no tengo nada que contar... O porque para hacerlo tendría que hablar de zonas de mí que ahora mismo no me apetece desnudar.

Será que ellos tienen razón, que somos raros. Pero estoy convencida de que la única realidad que merece la pena es la que se dibuja desde la diferencia. La identidad que no se disfraza bajo máscaras y miedos.

No iba a dejar que la enterrasen en arena, que la cubriesen con el polvo del tiempo, que la obligasen a enmudecer para someterse a un hombre al que obedecer el resto de sus días. Ella no iba a ser como su madre. Ni como las mujeres que la precedieron. Ella iba a ser quien su voz le dictase. Así de sencillo.

—El mañana, Nahui, es solo una forma de hoy. Un ahora que no conocemos y que por eso llamamos de otra forma... La realidad solo es una parte de cuanto vemos, mi hijo. La magia es lo que realmente importa... La magia es todo lo demás.

—Esperaba una comedia.

—Es una comedia, Abril.

—Una comedia triste.

—La vida también.

—¿Qué?

—La vida también es una comedia triste.

Las palabras de la anciana eran tan oscuras como los tiempos que se avecinaban. De eso estaba seguro. Un horror de proporciones desconocidas, tan insólitas como las armas que portaban aquellos soldados, o como su actitud arrogante y soberbia frente a quienes les habían acogido en sus casas. ¿Por qué debían ser hospitalarios los tlaxcaltecas con hombres que no parecían tener interés alguno en conocer otra forma de vida? Viniesen de donde viniesen estaban cegados por su ansia de conquista y solo parecían prestar atención cuando se mencionaban las riquezas que se podían encontrar en la región. Aliarse con ellos era pactar con la misma muerte, hacerse cómplice de la sombra que acabaría devorando la luz.

¿Y a qué espero? A sentarme con mi madre para que lo hablemos juntas. O incluso a que *ella* y yo mantengamos una videoconferencia con *ese*. Mi padre en la pantalla del ordenador y mi madre conmigo en el salón. No es la situación ideal, claro, pero es que la situación ideal no existe nunca. Esa es de las pocas cosas que se aprenden cuando maduras. Por eso, Iván, lo de madurar siempre es una mierda.

Ser dueños de nuestra propia vida... Ese era su único sueño. El verdadero objetivo que perseguía tras cada conjuro. Tras cada acercamiento a esa naturaleza en la que encontraba la mejor parte de sí misma.

Debe de ser jodido. Seguro. Encontrar el momento para ser honestos. Para tratar a la persona que vive en tu casa como a una adulta. Como a un ser racional. Tan simple como eso. Porque la persona que vive contigo tiene experiencias. Emociones. Hasta expectativas. La persona que vive en tu casa no puede madurar si le cambias la verdad por una sarta de mentiras. Y no, no son piadosas. Las mentiras piadosas no existen. Las mentiras son mentiras a secas. Y punto.

Mi madre insiste y se sienta conmigo. Yo me tapo con la sábana para no verla. No quiero. ¿Tan difícil de entender es que necesito tiempo para asimilar todo esto? No me lo dan. Sus ganas de disculparse son mucho mayores que mi necesidad de silencio. No es preocupación por mí, qué va, es egoísmo: es su conciencia la que necesitan calmar. Por eso no quiero escucharlos.

Me han soltado la mano en ese río que me empeño en cruzar en mis sueños y ahora es el agua la que devora mi cuerpo, la que me arrastra al fondo. Es el agua la que me niega mi reflejo y me ofrece la mirada de alguien que no siento que sea realmente yo.

Más le habría valido morir, se repetía... Aunque algo en su interior rechazaba esa idea. Siempre la vida. Siempre. Sí, incluso cuando estuviera tan anegada en dudas y en imposibles como la que se presentaba ante él ahora.

Alguien debería explicarme por qué los padres tienen la puta manía de considerar que sus hijos somos idiotas y necesitamos que pasen muchísimos años para contarnos la realidad tal y como es. Por eso a mí no me dijeron nada. Por eso nadie me habló nunca de su medicación, ni de su tratamiento, ni de su terapia, ni de lo importante que era controlar que cumplía con todo aquello y lo fácil que era que mi hermano se saltase cualquier clase de vigilancia. Cualquier imposición de esos psicólogos que él decía que solo pretendían atontarle y adormecerle con sus pastillas.

Llevo tres años intentando suplir el hueco de alguien que ya no está y siento que me ahoga tanto su ausencia como su presencia. La presencia invisible de una persona a quien todos —incluso yo— idealizan y con quien todos me comparan. Pero ese alguien no existe: ese alguien, mi hermano, no era así.

Es verdad que estaba escrito en la pizarra. Que no era la primera vez. Que ha pasado antes. Este curso. Y los anteriores. Sí, es verdad que tiene que agotar llegar a clase y encontrarse con ese «maricón» en el encerado. Que tiene que fastidiar que el profesor de turno se limite a borrarlo como si no estuviera allí. Que se mire para otro lado porque tenemos prisa por acabar no sé qué temario. Por hablar de unos tipos —¿cómo eran?, ¿Wooters y qué?— que no conocemos, en vez de discutir cuestiones que afectan a nuestra convivencia real.

—... Si hay destino, no somos libres. Y yo creo que sí lo somos. Que sí elegimos. Lo que ocurre es que esas elecciones a lo mejor las hemos hecho ya. Si podemos recordar lo que ha pasado, ¿por qué no podemos recordar lo que va a suceder?

Xaliquia odiaba esa palabra. *Imposible*. Llevaba oyéndola toda su vida. Desde pequeña le habían hablado de todo lo que no podía suceder. De todo lo que no se podía hacer. De todo lo que, por ser mujer, le estaba prohibido.

Decidir su destino era imposible.

Dominar la magia era imposible.

Convertirse en chamán era imposible.

—Mi familia es una suma de mentiras.

—¿Hay alguna que no lo sea?

—No te pongas cínico.

—No lo soy. Solo te digo que la tuya solo es otra familia más... Todas tienen secretos. Cada una a su manera.

Y Nico tiene que esforzarse por mantener la voz firme, porque se le quiebra cuando me habla de situaciones que yo desconocía. No porque sea una ingenua, sino porque daba por sentado que eso no le había sucedido a él. Yo lo habría notado. Yo lo habría visto. Pero el *yo* se me rompe en pedazos cuando me doy cuenta de que esta guerra cotidiana es más sutil. Son pequeños momentos, palabras, miradas, gestos de desprecio que Nico me describe y que lleva demasiado tiempo tragándose. Tolerando.

Un «maricón» escrito con Edding negro en su mochila. Un comentario en los vestuarios. Un empujón que finge no serlo en el pasillo.

—Sería más cómodo si no lo viviese de este modo. Si me ocultase... A veces me ha dado por pensar que la culpa es mía. Que de algún modo soy yo quien debería aprender a adaptarse. Sobrevivir... Darwin, ya sabes.

—Eso es una gilipollez. ¿Vivir a oscuras?

—Sí.

—El amor solo se puede vivir a plena luz.

—Hay gente a la que le va mejor escondiéndose.

—¿Hablamos de gente en general... o de *gente*?

Sea como sea, no es el castigo ni el ojo morado lo que le duele. No son las heridas físicas las que le hacen romper a llorar cuando conseguimos alejarnos del instituto.

A ti no te asaltan esas dudas. Y si lo hacen, las apartas. Alejas los interrogantes y te acercas a mí. Despacio. Con una firmeza calculada. Y suave. Sabes que si aceleras el ritmo, seré yo quien abandone el vagón. Que jamás empezaremos ningún viaje.

Hasta entonces siempre había sido ejecutor de la muerte, jamás su testigo, y el horror que tenía ante sí le parecía un espectáculo ajeno y doloroso. No se reconocía en quien blandía la lanza, sino en la mirada triste de quien la padecía.

Esperaba que mi madre me insistiese más. Que provocase la conversación que tenemos pendiente, pero me gusta que no lo haga. Lo agradezco de veras. Ahora mismo no quiero que me fuercen a explicarme, solo necesito que me den tiempo para que yo misma pueda hacerlo. Tiempo para reconstruir una película —la mía— en la que han surgido imprevistos giros de guion...

Las palabras no salen. O no las encuentras o, sencillamente, ya no están. No hay nada que decir porque el dolor devora el lenguaje. Así de simple.

—Pesaban mucho los nombres. Quemaban. Lo abrasan todo, Abril... Es su nombre y la duda. El fuego de la maldita duda de si lo que pasó no pudo evitarse. (...) Una tortura. Una maldita tortura que no tiene fin. Como si todo pesara demasiado, ¿me entiendes? Como si todo tuviera que ser siempre muy grave. Y muy solemne. Y yo no quiero eso. Yo quiero perderme igual que nos perdimos juntos la otra noche. Yo necesito... —buscas, sin encontrarla, la palabra—. Yo quiero... —al fin diste con ella—: levedad.

A fin de cuentas, puede que *real*, como *normal*, solo sea otro adjetivo inútil más, otra palabra que sumar al cajón de las letras que no significan nada.